

**Dalby, Andrew. *La reinención de Homero: el misterio de los orígenes de la épica*. Traducción de Ana Escartín Arilla. Madrid: Editorial Gredos, 2008. 328 págs.**

La vigencia de los clásicos es indiscutible. No solamente son el objeto de estudio de numerosos especialistas en la Antigüedad, sino el punto de partida de gran cantidad de estudios modernos y contemporáneos. Esto, ciertamente, es algo maravilloso, pero no sencillo. Los clásicos no sólo son leídos hoy en día por ser un punto de partida en ciertas discusiones e investigaciones, sino por la pluralidad de lecturas de las que son susceptibles estas obras.

La mayoría de las personas no conoce la literatura antigua de primera mano: es común que el conocimiento sobre los clásicos no provenga de una lectura amigable de los poemas de Homero y Hesíodo, sino de lo que los críticos literarios, filósofos e historiadores han dicho sobre ellos. Dadas estas circunstancias, se pierde una perspectiva que sólo es posible cuando se tiene una relación con el texto mismo, pues en una lectura no sólo se recibe cierta información o se produce deleite, sino que también surgen preguntas. Algunos estudiosos entrenados o que tienen sus ojos puestos en determinado objetivo, más que leer, interrogan al texto; algunos lectores que gustan de la compañía de los clásicos terminan con una gran cantidad de preguntas después de una experiencia con un texto de la Antigüedad. No es algo difícil de creer. De hecho, es lo esperado: nuestra distancia temporal, cultural, histórica y lingüística nos impiden aprovechar muchos elementos que no son explícitos en el texto, y si lo son, por lo menos no son llamativos a nuestros ojos contemporáneos.

Pero ésta no es la única dificultad que hay que sortear. La otra es la llamada a reencontrarse con el texto. Sé de muchas personas que jamás han leído un libro dos veces; otras tantas sólo leen ciertas cosas de nuevo; ni hablar de las muchas que ni siquiera terminan una lectura. Pero los clásicos tienen vigencia hoy en día también por eso, dado que son fuente inagotable de perspectivas y miradas. Estas

lecturas ofrecen una posibilidad camaleónica de nuevas experiencias, por más que el texto ya haya pasado por el escrutinio de nuestros ojos. Y éste es el caso también del estudioso de la Antigüedad: cada lectura es una oportunidad de una “reinención”. Pero ¿por qué reinventar? ¿Acaso no hay ya un estado de cosas dado relacionado con el texto que llega a nuestras manos? ¿Qué habría que reinventar?

Es común también que se olvide que los textos que atribuimos a Homero o Hesíodo han sobrevivido más de dos mil años, pero de ninguna manera han salido ilesos. Los avatares de la historia de la conservación de los textos antiguos son, tal vez, más accidentados que el regreso del mismo Odiseo a Ítaca. Durante mucho tiempo, en el que no contamos con las maravillas del papel, la imprenta, los editores y correctores de estilo, mucho menos con el almacenamiento electrónico, cada mano por la que pasó un texto fue un paso más de su elaboración. Para la muestra un botón: de la *Ilíada* se conservan muchos manuscritos (los más usados rondan la cifra de 215) que provienen desde el comienzo de la era cristiana y que, a pesar de ser las fuentes de un mismo texto, presentan muchas heterogeneidades. Es posible que esta situación sea más problemática en ciertos textos que en otros. Probablemente, los textos épicos son los que exhiben esta característica de manera más notable. ¿Cuál es la razón? La naturaleza misma de la épica, su origen en la oralidad y, por consiguiente, su difícil transmisión de generación en generación.

Andrew Dalby es una de las personas más capacitadas para hablar sobre este tema, no sólo por ser un reconocido lingüista, sino porque es uno de los pocos académicos que ha dedicado su vida al estudio, catalogación, conservación y reconstrucción de manuscritos antiguos. Esta experiencia es la que legitima el aporte de Dalby a la discusión y la investigación en los estudios clásicos que ya he presentado. Su libro *La reinención de Homero: el misterio de los orígenes de la épica* es un maravilloso estudio sobre la épica homérica en la que el autor nos presenta toda la problemática y el misterio que envuelven los textos épicos más famosos de la civilización occidental.

Además de mostrar los desafíos, este estudio nos ofrece una mirada que podríamos denominar “más humana” sobre estos textos. Dalby nos muestra que no sólo tenemos que ver el documento épico como literario o histórico, sino que también estamos autorizados a escudriñar lo que hay tras bambalinas: la cotidianidad en la que estos poemas vieron la luz; las circunstancias que los hicieron posibles; los responsables de su transmisión; los receptores, y, por supuesto, el espinoso asunto de la autoría. La primera parte de su libro es, por un lado, una introducción a estos aspectos de la obra homérica, como su carácter poético, educativo e histórico; las épocas históricas que están involucradas en su creación y transmisión; la imagen de sociedad que dibuja. Pero, por otro lado, nos presenta los problemas alrededor de la caracterización de los poemas homéricos, es decir, nos muestra que todos estos elementos están sujetos a procesos argumentativos de definición y que por esto mismo son susceptibles de reinterpretaciones. Y esto incluye también al autor.

Por algún motivo, nuestra cultura y nuestras mentes están acostumbradas a exigir responsables para cada hecho, y, por supuesto, también para cada escrito. Los poemas homéricos, que, aunque no hayan sido leídos por todos los miembros de nuestras sociedades, hacen parte de la cultura occidental, han pasado a la historia como la gran obra de un tal Homero. Este legendario Homero del que nos han hablado, además de haber sido presentado como varón, se nos dice que era ciego. Y era un misterio incluso para las personas que, supuestamente, habían vivido tres siglos después de su muerte, personas que eran educadas por sus obras. Sobre este tópico versa la segunda parte del libro, que es realmente donde el autor empieza a brindar los elementos con los que tejerá el argumento final de su propuesta.

La autoría de los poemas épicos la *Iliada* y la *Odisea* es, tal vez, el problema central de la cuestión homérica. El nudo se enreda desde las hipótesis que giran en torno a la composición de los poemas, su transcripción e incluso su propósito en las sociedades donde vieron la luz. Pero estas mismas preguntas han llevado a los estudiosos a interrogarse sobre quién compuso los poemas homéricos y quién los

puso por escrito: ¿fue la misma persona el autor de los dos poemas? Desafortunadamente, el método para conseguir respuestas en estos casos es más complejo de lo que se cree. No se puede aplicar una metodología pensada para obras escritas, dado el origen oral de los poemas homéricos, la superposición de épocas históricas y el uso de lenguaje formulario. Lo que sí se puede saber es que el lenguaje de los poemas homéricos carece de ciertos elementos que sí están presentes en autores como Hesíodo, de quien sabemos más: en los poemas homéricos hay menos innovaciones y diferencias dialectales. Según una hipótesis, esto podría reforzar la idea de que el autor de la *Iliada* y la *Odisea* tenía un conocimiento sobre el mundo limitado, probablemente, a la tradición oral, y no a viajes o experiencias propias: si esto es así, la autoría de estos poemas podría ser de una mujer (192), pues las mujeres difícilmente abandonaban su tierra natal o el hogar donde se radicaban en esas épocas.

La tesis provocadora de que Homero bien podría haber sido una mujer está autorizada por la misma escasez de evidencia que tenemos para hablar de Homero, pero se encuentra en la difícil posición de tener que ofrecer suficientes argumentos para volverse una tesis sólida. Dalby es honesto: no hay manera de que esto ocurra. Lo único que se puede ofrecer en este caso es la tarea de debilitar las objeciones de manera tal que quede abierta la ventana para considerar al poeta homérico como una mujer. Dalby ofrece una gran cantidad de material para que la ventana sea cada vez más grande: estudios de tradiciones épicas antiguas y tradiciones orales medievales; comparaciones con otras poetisas griegas; incluso, escenas de la *Iliada* y la *Odisea* donde hay participación femenina o donde se pueden advertir motivos femeninos. En últimas, Dalby no sostiene realmente que Homero haya sido una mujer, sino que plantea serias dudas para que se considere un varón. Y esto sólo abriendo la ventana a una nueva interpretación, reinventando un(a) autor(a) para los poemas homéricos.

A decir verdad, Dalby realmente nos presenta una reinención de Homero, una manera nueva y fresca de leer los poemas

homéricos. Es probable que los argumentos presentados en el libro deban pasar la prueba del convencimiento. Habría que revisar con más cuidado los paralelismos que hace el autor entre las obras homéricas, de origen oral, con otras obras que no tienen las mismas características, por ejemplo, las de Platón. Por más que las obras de Platón tengan un correlato oral (o, por lo menos, sean ambientados por una situación dialógica), Platón no es un simple relator, y los poemas homéricos tampoco tienen una fuente como la platónica, de manera que el paralelismo puede resultar complicado en algunos casos. También hay que ver qué tan refutadas resultan las objeciones a la hipótesis de la feminidad en la autoría de los poemas homéricos que el autor muestra cuando presenta su tesis (202), y analizar si estudios sobre tradiciones distintas (y posteriores) constituyen suficiente prueba para la tesis de Dalby. Este último análisis tendría que centrarse en la tercera parte del libro, en donde se explota el carácter oral de la *Ilíada* y la *Odisea* para reforzar la tesis de la reinención de Homero. Por lo pronto, el texto constituye un excelente estudio sobre la cuestión homérica y todos los problemas que conlleva.

Liliana Carolina Sánchez Castro

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá



**Pouliquen, Hélène. *Dos genios femeninos. Simone de Beauvoir y Julia Kristeva. Literatura y libertad*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2009. 86 págs.**

En una época como la nuestra que tiende, según el diagnóstico de muchos pensadores contemporáneos, al narcisismo, a la anomia y a la falta generalizada de criterio y de discernimiento, el uso de la palabra “ensayo” designa cada vez menos el escrito personal, libre de los rigores académicos (por ejemplo, de la obligación un tanto engorrosa de mostrar el aparato crítico), pero de gran agudeza crítica